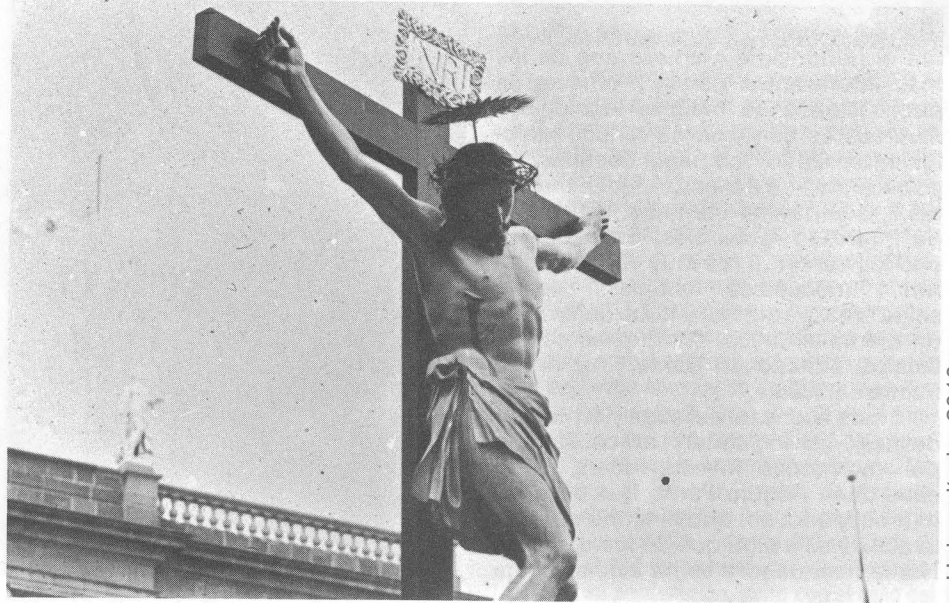


En torno a nuestra Semana Santa

Cada año, con el mes de Abril, llega a nuestra vida cotidiana un acontecimiento que la marcará de modo muy sensible, la Semana Santa. En nuestra isla cada época del año tiene sus celebraciones específicas que se han amoldado al correr de los tiempos, aunque sin perder su peculiar carácter. Las celebraciones de Semana Santa, ritual litúrgico arraigado con fuerza entre todo el pueblo, comienza a manifestarse en Las Palmas de Gran Canaria desde fechas muy tempranas, pues debemos tener en cuenta los gustos de una población que, en gran parte, provenía de regiones peninsulares donde estas tradiciones tenían un gran arraigo, como podía ser Andalucía o Castilla. Mas no cuajará de modo definitivo, sobre todo en lo relativo a los pasos procesionales, hasta finales del siglo dieciocho o principios del diecinueve. En adelante cobrará un gran impulso y entrará a formar parte de nuestras más añoradas tradiciones, por lo que vemos como Domingo J. Navarro ya nos lo relataba, pues él mismo fue testigo de que "la Semana Santa era esperada con avidez por nuestros antepasados. En esta se lucían las mejores galas, visitándose las casas desde las cuales era posible contemplar los pasos procesionales. Allí eran agasajados con dulces y refrescos. Las procesiones en su itinerario pasaban ante los distintos conventos de monjas, ansiosas de contemplar los tronos y sus novedades".

Acercarnos al origen de las celebraciones más populares de nuestra Semana Mayor, las procesiones, es hacerlo también a una figura que nos resulta aquí imprescindible, José Luján Pérez, o "Señor Pérez" como le conocían sus coetáneos, de quien Fray Lesco dijo: "es todos los años el primer predicador de la Semana Santa". Nacido en el barrio de Tres Palmas de Guía, fue quien realizó la mayoría de las actuales imágenes que salen en las diversas procesiones de Vegueta y Triana, (hoy casi todas unificadas en un solo día, el Viernes Santo, por lo que podemos denominar imperativos sociológicos), y de numerosos pueblos de las islas. Pero no todas sus obras son de carácter religioso, pues entre las profanas hay que destacar las cuatro estaciones que talló para el jardín del pabellón de juego de la finca que, en Arucas, poseía la familia Fernández del Campo. Estas aún se conservan, no así otro juego que se perdió, de menor tamaño, realizadas para decorar el paseo que daba acceso al edificio de la familia Clavijo en Guía.

Debemos comenzar nuestro recorrido por los orígenes de la mayoría de los pasos que hoy aún contemplamos, al anochecer del domingo de Ramos de 1802, cuando la imagen del Señor Predicador recorrió las calles por primera vez. Encargada a Luján por la Hermandad del Santo Rosario, esta talla de pasmosa expresión era conocida con el nombre de "El Señor convirtiendo a la Magdalena".



Nuestro Señor de la Agonía o "del Huerto", con su atribulada cabeza, ejecutado por acuerdo de la Orden Tercera de San Francisco, se exhibió y dio a conocer en las calles, la madrugada de un Lunes Santo de 1801, constituyendo una de las más características procesiones durante años. En la tarde de este día, pero en 1804, tiene su origen otra de las procesiones que salían de la Iglesia de San Francisco. Para ella Luján Pérez había terminado las imágenes de San Juan Evangelista y de San Pedro, al mismo tiempo que reformaba la que ya existía del Señor de la Humildad y Paciencia, a la que le respetó su rostro original. El trabajo que imita su estilo primitivo es tan perfecto que apenas se perciben las reformas.

La imagen de San Juan Evangelista rivaliza con la del Miércoles Santo y la cabeza de San Pedro, representada con la propiedad con que lo hicieron los mejores artistas, sin exceptuar a los policromadores, es de una extraordinaria fuerza de expresión, a la que sólo faltan los efectos de luz para que se estimara tomada de los lienzos de Zurbarán o Ribera.

Estas imágenes fueron encargadas por la gran dama que fue doña María de Palencia, esposa del coronel D. Andrés Russell, cuya familia se refugió en estas islas de la persecución de Cromwell contra los católicos. Pagó la señora de su bolsillo la diadema de oro macizo de 16 onzas, que lleva el Señor de la Humildad y Paciencia, así como el espléndido trono de plata repujada, en dos cuerpos, las varas del palio que lo recubre, con terciopelo carmesí y galón de oro. De materiales análogos los faldones que revisten el paso. También quiso que con las telas de su traje de bodas, en brocado azul y plata, se hiciese el manto a San Pedro.

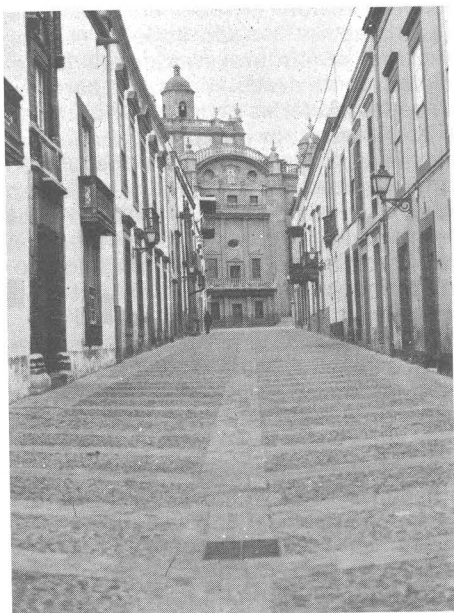
La procesión del Martes Santo estaba principalmente integrada por dos pasos del siglo XIX y fueron sus autores el palmero Arsenio de las Casas y el

artista castellano Pedro A. Calderón de la Barca, que es el autor del Señor atado a la Columna, que data de 1778. Algunas de las primeras noticias sobre las efigies que se veneran en la parroquia de Santo Domingo se han encontrado en el libro de Juntas de la Hermandad del Rosario, establecida en el entonces monasterio dominico de San Pedro Mártir. En este sentido hay que señalar la reunión que tuvo lugar la noche del 13 de Abril de 1798, en la que se da a conocer la cantidad que el difunto Licenciado D. Joseph Hidalgo, abogado de los Reales Consejos y Consultor del Santo Oficio, había destinado a la procesión del Miércoles Santo y que ascendía a doce pesos, catorce cuartos y tres maravedíes corrientes.

En la procesión conocida como la de "El Paso", que salía el Miércoles Santo, nos encontramos imágenes de Luján como la Dolorosa, que, en palabras de Santiago Tejera y Quesada, expresa en la proporción y pureza de líneas que no parecen moldeadas por la mano de un hombre, un sufrimiento que ha secado sus lágrimas y hace que los párpados reposen la mirada débil e incierta, con sus labios entreabiertos por el peso de un dolor mudo, intenso, el más supremo de todos. Tenemos al Cristo de la Cruz a cuestas, tipo exacto del hebreo. El genial escultor supo condensar en la sencillez de líneas del rostro el cansancio y el sufrimiento arrodillado, como apartando de sí el peso ayudado por el Cireneo, también de factura impecable. A un tiempo fue tallado el San Juan Evangelista, obra clásica, depurada, de líneas energéticas, varoniles, que expresan el dolor del hombre sin afeminamientos. La actitud y elevación de la cabeza, la talla y posición de las manos y pies completan esta bella obra. La Verónica, aun siendo buena talla, no alcanza la importancia de las anteriores. Estas esculturas, costeadas por el cuerpo de escribanos, dieron origen a esta procesión en 1803.

En la mañana del Viernes Santo nos encontramos con dos espléndidas obras de Luján, el Cristo de la Sala Capitular y la Dolorosa de la Catedral. El Cristo fue tallado en la misma basílica y según Tejera lo donó el doctor don Miguel M. de Toledo a su capítulo, en el que ocupaba la dignidad de Chantre. En ella el artista intenta realizar el eterno ideal en el arte, superar la ocasión con la serenidad, dominar en calma suprema el tumulto sensible y dionisiaco. Este Cristo, que se nos presenta en forma cerrada, con el fornido cuerpo abandonado definitivamente a una espléndida inercia, honra sobremanera a Luján.

La Dolorosa fue encargada por el deán Toledo, teniéndola en su residencia, aledaña a la Fuente y Ermita del Espíritu Santo, hasta su muerte, según relataba el señor lectoral de Canarias don José Feo y Ramos. Al morir la legó a la Catedral, con destino a la sacristía de canónigos. Más tarde, por la gran devoción que se le tenía y para dar mayor resplandor a su culto, fue trasladada en 1908 a la capilla construida en el atrio de



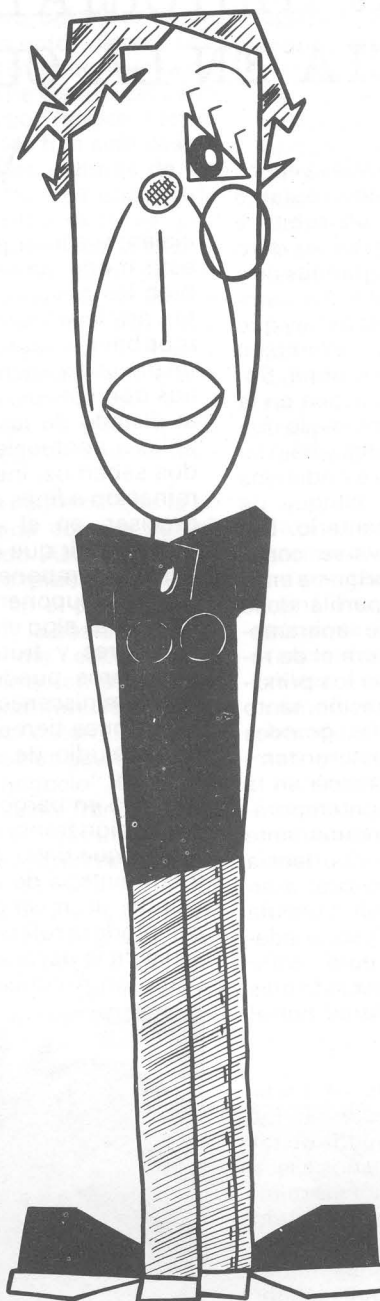
la puerta principal, junto a la Epístola. Destaca la imagen por la complicada riqueza de planos quebrados del rostro y el manierismo de los pliegues inferiores de la túnica. Para esta obra sirvió de modelo a Luján el rostro cuajado por el dolor de la pequeña huérfana Josefa María Marrero.

Contemplemos estas espléndidas obras con serenidad, al anochecer del Viernes Santo, como gustaba hacerlo a Luján, al momento de regresar la procesión a la luz de las hachas que portaban las comunidades y cofradías, entre rezos de muchedumbre y acordes de la Capilla de Música Catedralicia y el sonar del miserere. Semana Santa canaria, para añorar a través de ti, soleadas y limpias mañanas repletas de mantillas blancas, cientos de farolillos que rompen en el luctuoso gris del atardecer, noches de plegarias tras un Cristo en procesión por las calles de Vegueta.

JUAN JOSE LAFORET
(Vocal-directivo de la Asociación de Amigos de Luján Pérez)

Personas

vistas por Padrón Noble



Natalia Sosa Ayala

Natalia Sosa Ayala es un ser sencillo, lleno de ternura, de imaginación, de sueños. De estas palabras puede deducirse que, como es bien conocido, Natalia es escritora y poeta. "Stefanía" (1959) y "Cartas en el crepúsculo" (1961), novelas; "Muchacha sin nombre" (1980) y "Autorretrato" (1981), poemas, son los títulos de su producción literaria, además de artículos y poesías en revistas de este género. "No sé si la habreis visto salvaje entre las flores, incrédula y perdida, enamorada y dulce. Quien no me ha visto así, no me conoce". Fusilamos estos versos del poema que abre su último libro, poemario intimista y auténtico, torrente de sentimientos y de vivencias anímicas, que se desliza desde bellísimas y excepcionales altitudes literarias. Así es Natalia mujer y Natalia poeta, la mujer-poeta que "cada mañana estrena un sueño diferente".